

LAU.—Entonces, francamente... ¿Hablamos nosotros para dejarlos hablar a ellos?

BAR.—Eso sí.

AUG.—(Muy serio.)—¿Qué detalle es?

LAU.—Pues verán...

(Hablan saliendo. Llevándose los del brazo.)

GER.—Esto es quererme, ¿verdad?...

CAR.—Hombre, Gerardo, parecido si es...

(Van saliendo lentamente en grupos. Laureano explicando muy serio y ellos escuchándole muy atentos, y Carmita y Gerardo entusiasmados uno en otro...)

EUD.—¿Vanse...?

GAL.—Van, sí, señor.

EUD.—Que el Apóstol les acompañe... y que

en ellos sus ojos de enamorados no se cansen

nunca de ver los que mis ojos de ciego nunca

vieron...

GAL.—Amén, señor Eudvigio.

EUD.—Amén, señora Galana...

TELÓN

CAPÍTULO CUARTO

Una sala-despacho en el Paso del Faramello con muebles españoles antiguos, cuadros religiosos, retratos de familia y uno de don Carlos, con su clásica boina, en un caballo alazán, cuatralbo, careto... Una chimenea de piedra labrada, con grandes y artísticos morillos. Panoplias, centradas con una boina. Vargueños, velones de bronce y cacharros de Sagardelos. Por las ventanas, más bien anchas que altas, se divisa la huerta con sus castaños y sus nogales. Es de día, en Junio.

ESCENA PRIMERA

CARMITA, de luto, pero con flores que ya lo suavizan, llora silenciosamente en un butacón. Pausa. MONCHA por izquierda.

MON.—(Trayendo una bandeja con tazas y dejándola sobre la mesa.)—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Has tenido algún disgusto con tu marido?

CAR.—¡No, no!

MON.—¿Y entonces por qué lloras?

CAR.—Es la primera vez que entro en el despacho del pobre papá, después de la desgracia, y, sin poderlo remediar, a un tiempo han venido sobre mí los recuerdos y las lágrimas.

MON.—¿Y para qué escogéis esta habitación sobrando tantas en el Faramello?

CAR.—Me lo pidió Gerardo... con el buen deseo de quitarme este miedo supersticioso que le he tomado al Pazo, como si las casas tuvieran la culpa de que se murieran las personas.

MON.—Tú misma lo dices...

CAR.—Lo reconozco... era pueril, pero no lo podía vencer. Veníamos en visita piadosa, como a un santuario, y en peregrinación; y aunque más de una vez formamos el propósito de quedarnos y vivirlo... al llegar la noche era tal la angustia y el temor, que me colgaba del cuello de Gerardo diciéndole: ¡Vámonos!... ¡vámonos!... ¡vámonos!... y nos íbamos.

MON.—Así no lo dominarás nunca.

CAR.—Por eso dispuso resueltamente que la comida y la fiesta se celebrara en el Pazo y que el café lo sirviéramos aquí, aquí mismo, contando desde luego con que la animación de todos y el deber mío de atenderles contribuiría por fuerza a distraerme y a que olvidara.

MON.—Pues hizo muy bien, que era un crimen tener deshabitado esto. (*Cogiéndola.*)—Hale, a cumplir tu deber.

CAR.—(*Levantándose.*)—Muy gustosa, si... Nunca mejor predispuesta que ahora, cuando todo en mí y alrededor mío empieza también. Para el Pazo es una nueva era; yo estoy empezando mi vida de casada; y el pequerrecho, el Laurenín, empieza su vida de angelote; y los grandullones, los que allá, de sobremesa, cantan y alborotan celebrando sus títulos nuevecitos de abogados y de médicos, esos, que en esta misma semana concluyeron su vida de estudiantes, empiezan ahora su vida de hombres, la que aportará triunfos para unos, desengaños para otros, y para todos preocupaciones y responsabilidades.

MON.—Algunos, como tu marido, llegarán seguramente. Otros como el Barcala ese, por ejemplo, no llegarán a nada.

CAR.—¿Quién sabe? Por de pronto, ya es un señor abogado.

MON.—Por recomendaciones, por intrigas... y por cansancio de los profesores, Ese es de los que son aprobados, no para aprobarlos, sino para echarlos.

CAR.—Pues tú bien enamorada estás de Barcala.

MON.—¿Yo?... A menos tendría yo el mirarle siquiera.

CAR.—Ya me fijé en lo displicente que has estado durante la comida... ¡Pero habéis sido novios treinta veces!

MON.—Te diré, Carmiña, te diré... Novios sí... pero un noviazgo muy soso, y sin vernos casi nunca... Vamos, fuimos novios de tercera...

CAR.—De lo que tú digas. Y volveréis a las andadas...

MON.—El, quizás. ¿Yo?... ¿Casarme yo con ése...? A menos lo tendría.

CAR.—¿De veras?

MON.—De verísimas. No sabes tú lo que soy yo cuando digo que no.

CAR.—Pero él sabe lo que eres cuando dices que sí.

MON.—¡Qué ha de saber!

CAR.—Motivo de más para que insista... ¡Pe- ro cuidado Monchal Escarmienta en mí...

MON.—Lo tuyo fueron malas artes de la Maragotas madre, que deseaba casarte con el Maragotas hijo.

CAR.—Eso es, sí; pero el caso fué que yo di crédito a chismes y a insinuaciones malignas, y anduvimos, Gerardo y yo, peleados cerca de un

año... ¡y por poco me juego su felicidad y su ca- riño!

MON.—Lo mío es totalmente distinto de lo tuyo. No es que quieran casarme con otro: es que nadie quiere casarse conmigo. Va diferencia va...

CAR.—De lo que deseo prevenirte es de tus propios arranques, y si Barcala te habla muy en serio que no adventures lo que tal vez pueda ser tu suerte por un mal humor o por una genialidad. Piénsalo, Moncha, piénsalo.

MON.—Lo pensaré. ¡¡Tiempo ya me deja ese ladrón!!

CAR.—(Advirtiéndola.)—Barcala...

MON.—Sí, Barcala, ese...

CAR.—Que está ahí Barcala.

MON.—¡Ah!...

ESCENA II

Dichos. BARCALA por derecha

BAR.—El mismo. ¿Estorbo?

CAR.—Nunca.

BAR.—Vengo escapando de aquella atmósfe- ra, ¡Se corta! Y vengo también a pedirle a usted un favor...

CAR.—Concedido

BAR.—Que con su autoridad de señora de la casa ordene usted a sus invitados que no vuelvan la espalda.

MON.—(De espaldas.)—Es para no ver visiones.

BAR.—¿Se refiere usted a mi, señorita?

MON.—A usted, sí, señor.

BAR.—Pues disipe usted esa preocupación equivocada. He mejorado mucho desde la última vez que tuvo usted la bondad de mirarme.

MÓN.—Lo dudo muchísimo.

CAR.—Mujer, felicítale por su título de abogado.

MON.—Para lo que le va a servir...

BAR.—Quizás no me sirva para nada, porque ignoro, claro está, la suerte que Dios me reserva... pero lo que puedo decirle a usted que hace cuatro días que soy abogado y ya tengo un pleito.

CAR.—¿Ya?

MON.—(Mirándole intrigada.)—¿Ya?

BAR.—(Modesto.)—Ya... El sastre, que me reclama una factura...

MON.—(Echándose a reír a pesar suyo.)—Cuando yo decía...

CAR.—(Riéndose indulgente... y marchándose más indulgente aún...)—Manuela... Manuela... anda, trae el café...

(Mutis por izquierda.)

ESCENA III

MONCHA y BARCALA

BAR.—(Deteniendo a Moncha que intenta marchar.)—Moncha... Monchiña...

MON.—No quiero conversación con usted...

BAR.—Ni yo tampoco. Es un encargo que me dieron para usted y del que no me pude zafar.

MON.—(Deteniéndose curiosa.)—¿Un encargo? ¿De quién?

BAR.—Verás que encarguiño más precioso...

MON.—(Marchando.)—¡Que no quiero!

BAR.—(Deteniéndola.)—¿Y que es lo que no quieres si aún no te propuse nada? pero te lo voy proponer...

MON.—No...

BAR.—Escucha, Moncha, escucha. Con ese título flamante, que aún no me valió de nada, pero que me valdrá en seguida para unas oposiciones; con unas tierras, unas leiras, que dan sus

buenas patacas y su buen maíz; con una casita pequeña allá en Túy, y un corazón muy grande aquí en el pecho para querer abondo (*Mucha*) a una Monchiña rabiosina... ¿Escribo a mi tío el cura de San Fiz de Abeleiras, rogándole que venga a pedirte?

MON.—(*Rendida.*)—¿No me engañas, Casimiriño?

BAR.—¡Non, vidiña, non!

MON.—¡Mira que si engañas te corto los bigotes nuevos!

BAR.—Ay, eso no, bonita, que me favorecen mucho. ¿Verdad?

MON.—Quita de ahí, bobo...

BAR.—Conque... ¿escribo o no escribo?

MON.—Lo que tú quieras... pero certifica la carta.

BAR.—Muy riquiña eres...

MON.—Y tú muy trapalón.

BAR.—Eso ya terminó. Bueno, qué, ¿te parece bien la boda para Noviembre?

MON.—Muy bien para Septiembre, si. Cuando tú digas.

BAR.—Cuando yo diga, sí, pero ya me comiste dos meses del primer bocado.

MON.—¡Y te habían de comer a tii!

BAR.—¿Te apetezco, eh? Pues lo mismo digo, señorita.

MON.—Y aún puse tiempo de más... que contigo no tendré reposo hasta que te vea en la iglesia delante del altar, con el cura, los padrinos, los testigos... y más una pareja de la Guardia civil por si acaso todavía.

BAR.—No teñas medo, nena. Ya estamos en Don Formales y hay que marchar seriecitos.

MON.—Ojalá.

BAR.—Dalo por hecho. (*Abrazándola.*)—¡Te quiero más, riquitinal...

MON.—¿De verdad quieres, Casimiriño?...

ESCENA IV

Dichos. CARMIÑA por izquierda

CAR.—(*Sonriendo.*)—Bien, bien...

MON.—No, no creas que...

CAR.—¡Que voy a creer! Nada...

BAR.—¿Nos apadrina, Carmiña?

CAR.—¿Para cuando?

BAR.—Para Noviembre.

MON.—Para Septiembre. ¡No empieces ya a faltar a tu palabra, Casimiro!

BAR.—Sí, ahora recuerdo que esa fué mi palabra. Para cuando ella disponga.

Que prevenga su opinión.

Para mí todo es ya igual...

¡¡que esta águila caudal

cayó como un gorrión!!

CAR.—Pues en ello quedamos y mañana se puntualizará todo. Ahora tú, Moncha, ayuda a servir el café, y usted, gorrión, hágame el obsequio de avisar a esos señores.

BAR.—Voy volando. Creo que es el modo que corresponde a mi nueva naturaleza.

(*Mutis por foro y Moncha por derecha.*)

ESCENA V

CARMIÑA, que dispone las tazas echándoles ya el azúcar en polvo moreno. GERARDO por izquierda.

GER.—¿Miña?

CAR.—(*Siguiendo su faena.*)—¿Qué, Gerardo?

GER.—¿Podemos venir?

CAR.—Cuando queráis.

GER.—¿Te damos mucho trajín?

CAR.—Poquisimo.

GER.—Temi que te marearan con las voces y las risotadas. Al principio aún estuvieron comidos por tu presencia y la de Moncha; pero en cuanto llegaron los brindis, se desataron las lenguas y el champagne corrió un poco, se les desbordó la juventud y la alegría.

CAR.—Es lo natural. Y yo contentísima al veros alegres.

GER.—¿Te han dicho que en el portón hay lo menos cuarenta pobres? ¡Una romería!

CAR.—No lo han dicho, pero lo sé; que los pobres conocen ya de antiguo el camino del Pazo, y noticiosos de que revive, segura estaba yo de que acudirían.

GER.—Habrá que darles algo, ¿eh?

CAR.—Ya está eso dispuesto, ya. Los potes de caldo gallego que pusimos en la cocina de la otra casa, en la del casero... ¡espantaban, Gerardo, espantaban! ¡Ocho... y enormes!

GER.—Pues sobrará.

CAR.—Claro que sobrará... pero si faltara para uno... para uno tan siquiera... dirían de fijo que éste ya no era el Faramello.

GER.—Eres su Providencia.

CAR.—Baja, baja. No soy más que una mujer con un poquito de caridad, muy poquito... y en

cambio con mucho egoísmo, ya que esto me permite decir: mi felicidad, la inmensa felicidad que disfruto, no la robo del todo, puesto que algo de ella lo reparto...

GER.—No te disculpes por hacer el bien.

CAR.—Más quisiera poder...

GER.—Te veo complacido muy animosa y muy resuelta.

CAR.—¿Temías que no?

GER.—¡La verdad!.. ¡Lo temía! Temblaba por el primer momento de tu entrada en esta habitación, figurándome que no tuvieras serenidad bastante para sobreponerte a los recuerdos tan vivos que por fuerza se despertarían en ti.

CAR.—Te voy a decir una cosa... ¿pero no te reirás?

GER.—No, mujer.

CAR.—¿De veras me prometes no reírte?

GER.—Basta que sea un sentimiento tuyo para que lo respete.

CAR.—(Apoyándose en Gerardo, medio abrazándole y confidencial.)—Pues mira... Al entrar, sí, me desconsolé y me recriminaba a mí misma por hallarnos de fiesta en el lugar donde tanto sufrimos y en donde ya no está aquel hombre tan bueno y aquel padre tan cariñoso... Fué un

momento de pena grandísima... pero también fue luego un momento de placidez y de reconciliación definitiva con el pasado, ya inevitable. Desde que entré, no podía apartar la mirada del retrato del pobre papá... y de pronto... ¡no te rías, Gerardo! ¡No te rías!

GER.—No, Carmen, no.

CAR.—De pronto me pareció que se animaba, que sonreía, y con aquella bondad de siempre me dijo: «Vuelves por fin a verme, ¿eh picara? ¿Cómo has dejado dos años sin venir, más que picara? ¿Pero tú no comprendías que yo te aguardaba, que te aguardaba la casa, que te aguardaban los prados y los árboles, ansiosos de tu presencia y de tus cuidados?... No comprendías que el venir y atendernos era una prueba de cariño... ¡que nunca fué señal de amor para los muertos, ni para los que viven, el desatender y arrinconar lo que ellos cuidaron y han querido! ¿Cómo no lo comprendías, picara, más que picara...?»

(Y al terminar de decir esto dulcemente, se echó a llorar desconsolada.)

GER.—(Severo.)—¡No llores, Carmen!

CAR.—(Sonriendo.)—Tendrías razón para re-

prenderme si fuera de amargura, pero no, es de tranquilidad, de sosiego y hasta de satisfacción... es como si ahora hubiera sabido que en ese viaje tan temeroso llegó por fin el pobre a puerto de refugio y a lugar de descanso y de recompensa... ¡ya ves si es satisfacción!

GER.—¿Te das cuenta de que esas palabras te marcan un camino?

CAR.—Y lo seguiré. Te lo prometo.

GER.—No le digas a nadie lo que has oído... ¡a nadie! porque todos te contestarán que fué una alucinación... pero créeme a mí que fué verdad, que lo oíste y que te lo han dicho. Todo lo que es justo y razonable es verdad siempre, aunque nos lo diga quien no tiene voz ni tiene vida...

CAR.—Ya puedes suponer lo dulce que será para mí el pensar que fué cierto y verdadero...

GER.—Pues piénsalo... alégrate... y empieza a demostrarlo con tu conducta. Ríe, Carmita.

CAR.—(Sonriendo.)—Ya río, Gerardiño.

GER.—Así se empieza,

CAR.—(Abrazándolo.)—¿Y así?

GER.—(Estrechándola honestamente.)—Así se continúa nuestra paz y nuestro amor. (Después de un instante, cogiéndola por las dos manos.)—Anda a tus quehaceres.

ESCENA VI

Dichos. PANDURIÑO, por foro

CAR.—(Separándose sin precipitación.)—Panduriño... señor doctor.

PAND.—No se aparten, no se aparten... Yo no soy nadie.

GER.—¿Qué hay?

PAND.—Vengo a despedirme.

GER.—¿Te marchas ahora?

PAND.—No, cuando todos... pero quisiera darte un apretón de manos muy largo y muy fuerte... y como eso, delante de todos, pudiera ser... vamos... ¿comprendes? pudiera ser...

GER.—Vengan los brazos con alma y vida.

PAND.—¡Pues allá van! (Se abrazan.)—Me quedará un recuerdo inefable de este día, señora, inefable... ¡Haber comido en su casa!

CAR.—Y yo muy honrada en ello.

PAND.—¡Qué comidita, cielo santo! ¡La hizo usted, señora?

CAR.—La muchacha.

PAND.—Pues mis respetos a la muchacha... (A Gerardo.)—Y luego el champagne... ¡caramba! ¿Sabes que me sorprendió? Porque pica, ¿sabes?

GER.—¿No lo probaras nunca?

PAND.—Nunca. Había oído hablar de él, como del Imperio del Gran Mogol y de las victorias de Julio César... vamos, como cosas verídicas, pero muy lejanas.

GER.—Pues de mi parte le vas a llevar a tu vieja una botella.

PAND.—¡Hombre! (*Riéndose de buena gana.*)—No te la rechazo ni por cumplido siquiera... ¡porque va a ser muy gracioso! Primero, tendré que prevenirle para el susto del taponazo; después, lo beberemos en cuncas, en tazas, porque de copas no hay ni idea... y después, la vieja y yo achispados, diciendo bobadas... y más bobadas. ¡Van a ir a vernos de diez leguas a la redonda!

CAR.—Un día es un día...

PAND.—Y ése lo va a ser mañana. Tengo ya mis bártulos liados, y de madrugada, a caballo, cuatro leguas monte arriba para descansar y reponerme un poco en la aldea. ¡Dios y la Virgen saben cuándo nos volveremos a ver ni qué rumbo tomaré!

GER.—¿Qué rumbo tomarás? Pero tú estás en Belén, Panduriño. ¿Verdad, Carmen?

CAR.—(*Sonriendo.*)—En Belén, Panduriño.

PAND.—No lo sospechaba, no, señora; pero cuando ustedes lo afirman es evidente. Sin embargo, yo no creía descarrilar mucho diciendo que me voy a la aldea mientras no salga un puesto o un concursito rural.

GER.—¡Qué ambicioso eres! No te conformas con nada. ¿Verdad, Carmen?

CAR.—(*Sonriendo.*)—Terriblemente ambicioso, Panduriño.

PAND.—¿Yo, señora, yo? Pues mire usted, tampoco lo sabía...

GER.—Y cuando un hombre consigue un puesto no lo oculta a sus buenos amigos.

PAND.—¡Válgame la Puerta Santal! ¿Pero qué puesto tengo yo? Como no sea uno en el Limbo, que ése sí me corresponde por derecho propio...

CAR.—No le hagas penar más. Diselo de una vez.

PAND.—¡No me lo digas, por Dios! Déjame prepararme...

GER.—Tú, que eres quien lo ha logrado.

CAR.—Hace ya tres días que mandó el padre de Gerardo la credencial...

PAND.—Ay, ay...

CAR.—Y es usted médico de la Compañía del Norte en la Coruña.

PAND.—¡No me lo diga, por Dios, señoral

GER.—De entrada son tres mil pesetillas nada más...

PAND.—Nada más. Digo... ¡cuánto, cuánto! Ay, ay...

GER.—Y luego, los ascensos. ¿Supongo que aceptarás?

PAND.—No, no...

GER.—¿Cómo que no?

PAND.—¡Que sí, que sí! pero es que no... que no puedo hablar de emoción... y de... y de... y de emoción... ¿comprendes? De emoción.

CAR.—(Dándole una palmada afectuosa.)—No llore, Panduriño.

PAND.—Si no lloro, no, señora. Es el champagne que me pica... Por lo visto, pica varias veces...

GER.—No lo niegues.

PAND.—Bueno... Y si lloro, ¿qué? ¿No es muy legítimo?... ¿Muy, muy... muy legítimo?... ¿Comprendes, Gerardo? No es muy...

GER.—Ea, se acabaron los pucheros. Otro abrazo y que sea para bien.

CAR.—Cálmese; que no le vean así...

PAND.—¿Me dejan esconderme un instante...? Llorar a solas no es tan ridículo... y un

doctor... porque ya soy el doctor Panduriño... digo, no, el doctor don Adolfo Pulleiro... ¡mientol! ¡mientol! El doctor Panduriño soy... ¡eso es! el doctor Panduriño, que yo no renegaré jamás del cornetín y de la murga que me dieron el pan y la carrera... ¡eso es! el pan y la carrera. Y si llego a la fortuna, a la celebridad, a la Academia... ¡al cielo que lleguel, en la celebridad, en la Academia y en el cielo estará el cornetín del murguista donde todos lo vean y en donde alguno se burle, pero donde muchos lo respetarán como escudo nobiliario de un hombre que luchó de frente contra la ignorancia y contra la miseria, ¡eso es! contra la ignorancia y contra la miseria.

CAR.—Y eso debe ser.

PAND.—¡Y a usted, mi ángel bueno... y a ti, Gerardo! ¿Cómo os pagaré... cómo os pagaré...?

GER.—Con un poco de cariño...

PAND.—Con la gratitud más... más...

CAR.—¡Que vienen!

PAND.—¡Pues escapo, escapo! Los que no han sufrido nada de jóvenes no se explican nunca que una buena noticia haga llorar. Escapo, escapo...

(Mutis por derecha.)

ESCENA VII

CARMEN y GERARDO. Por foro los estudiantes, de quienes ya se oyó el rumor lejano. Ahora, dentro: Unos: ¡Que hable! Otros: ¡Que se calle! NIETIÑO, dentro: ¡Haré lo que me parezca! Unos: ¡Que hable! ¡Que hable! Otros: ¡Que se calle! Y así, dando voces y en tropel, entran en escena. Luego MONCHA, por derecha trayendo unas botellas.

NIETIÑO.—He dicho que haré lo que me parezca... y lo que me permita esta señora.

CAR.—Lo que usted quiera.

NIETIÑO.—Pues entonces digo y repito: ¡Viva la casa de la Troya! ¡Vivan los Troyanos! ¡Viva la estudiantinal! ¡Y abajo los Consumos!

GER.—No tiene nada que ver una cosa con otra.

NIETIÑO.—Ya lo sé... pero hoy no es día de callar.

GER.—Bueno...

CAR.—Augusto... ¿Cognac, curasao, tostado del Rivero?

AUG.—El del país.

NIETIÑO.—¡Viva el país! ¡Viva la Universidad! ¡Viva Santiago! ¡Y abajo los Consumos!

BAR.—¿Callarás, Nietiño?

CAR.—Servid tostado... (Sirven Carmen, Moncha y Gerardo.)—Y beberemos a la suerte de los señores abogados, y de ustedes todos que lo serán también muy pronto si Dios quiere.

MAD.—Agradecidísimos, Carmita, pero nos parece que Dios no quiere para tan pronto... Y no alcanzo la razón. ¿A El que le importará que haya unos abogados más?

CAR.—No sé...

AUG.—¿Me dejas echar un brindis, Gerardo?

GER.—Y mil.

AUG.—Pues arriba las copas, que va a ser de canela fina. ¿Estamos? ¡Por el encantíño del Preguntoiro!

TODOS.—¡¡Por el encantíño del Preguntoiro!!

CAR.—Muchas gracias...

NIETIÑO.—¡Viva el encantíño! ¡Viva Carmita! ¡Y abajo los Con...!

(No puede acabar, porque Barcelona le tapa la boca.)

GER.—Pues vaya mi brindis, que si el de éste fué canela, el mío es espuma... ¡Arriba las copas! ¡Por Moncha divinal!

MON.—No, no...

TODOS.—¡Por Moncha divinal!

MON.—Muchas gracias... ¿Pero no sería mejor que todos brindáramos por lo que a todos nos une con el lazo más fuerte y más constante? ¿Por la tierra meiga?

TODOS.—¡Eso! ¡eso! ¡eso!

MON.—¿Va por la tierra?

GER.—Va.

CAR.—¡Pues por la tierra meiga!

TODOS.—¡Por la tierra meiga!

ESCENA VIII

Dichos, PANDURIÑO, por derecha.

PAND.—¡Venga una copita, venga, que por la tierra no quiero yo que falte mi brindis!

CAR.—(Sirviéndole.)—Y colmada.

PAND.—Colmada. ¡Arribal!

MAD.—Señores abogados, futuras lumbreras del foro... Señor doctor, futuro Hipócrates... claro que os envidiamos y que nos gustaría a todos el tener ya nuestro título en el bolsillo, pero eso no quita para que celebremos como propio nuestro triunfo. ¡¡Estudiantes!! ¡Un abrazo apretadísimo a los señores licenciados!

(Abrazos.)

BAR.—¡No nos felicitéis, amigos! Al contra-

rio... ¡¡compadecednos!! Los dichosos sois vosotros, que todavía continuaréis aquí libres de cuidados y de preocupaciones... Como los discípulos de Cristo, vamos a repartirnos por el haz del mundo, aunque no para predicar la buena nueva... Al separarnos, ruego fervorosamente a la diosa voluble que preside los destinos de los hombres, que nos conceda a todos su favor. Pero por mucho que quiera protegernos, nunca nos dará tanto como ya hemos tenido, como perdemos ahora. Podrá subirnos a lo que llaman cumbres de la vida, pero nunca volverá a ponernos tan alto como hemos estado, porque nunca más... ¡ay ¡¡nunca más seremos estudiantes!!

MON.—¡Habla en serio! ¡Este no es Barcala...!

CAR.—Es cierto...

MON.—Es cierto...

MAN.—Es cierto...

AUG.—Es cierto...

(Todos asienten con un poco de tristeza.)

PAND.—No es cierto, ¡caray! no es cierto. Y usted perdone el caray, doña Carmen, que es ofender a Dios el mostrar desánimo cuando se nos abren de par en par las puertas de la vida para que aspiremos a todo: a la ambición, el que

la tenga; a la gloria, el que la sueñe; al amor con la tranquilidad de poder sostener una casa... ¡a todo! He llegado yo... ¡cuánto más fácil no os será a vosotros, que para ir adonde queráis no habeis tenido que pasar primero por la mala senda del hambre... ¡que esa sí que es mala senda de verdad!

GER.—Tienes tú razón. ¡Viva el doctor Puelleiro!

TODOS.—¡Viva...!

PAND.—¡Quietos, quietos! ¡Viva el doctor Panduriño...

CAR.—Eso es. ¡Viva el doctor Panduriño!

TODOS.—¡Vival ¡Vival!

PAND.—Y cuando alguno sienta desmayo, que se acuerde de mí... de mí... que muchas veces, muchas, al hincar los codos en la mesa obligándome al estudio, la imaginación se rebelaba y me decía: ¿Sabes si podrás pagar la posada, Panduriño? ¿Sabes si podrás pagar las matrículas...? ¿Sabes que la vieja no come más que pan de borona...? Ay... te juro que para estudiar con esa congoja... y esa... y esa... ¿comprendes, Gerardo?

GER.—(Abrazándole).—¡Viva Panduriño!

TODOS.—¡Vival

PAND.—Vivamos todos, ¿eh?

TODOS.—¡Vival ¡Vival!

BAR.—Y en prueba de admiración y de cariño llevemos en triunfo a Panduriño ¡Arriba con él!

TODOS.—¡Arribal ¡Arribal!

(Nieta, que se acerca a la lateral derecha, donde se supone están los otros estudiantes, les hace señas para que canten y empieza dentro el Airiños que dirige desde la puerta Nieta.)

PAND.—No... no...

TODOS.—¡Viva Panduriño!

OTROS.—¡Viva Santiago!

OTRO.—¡Vivan los estudiantes!

(Carmaña sonriente, se apoya en Gerardo. Todos prestan atención a lo que cantan.)

CAR.—(Recitando mientras cantan.)

Airiños, airiños, aires,
airiños de miña terra,
airiños, airiños, aires,
airiños, deixadme en ela.

(El telón va cayendo lentamente para terminar con el canto.)

La Coruña. Pazo de la Peregrina, 6-9-918.